

NORTE

TERCERA EPOCA - REVISTA HISPANO - AMERICANA - NUM. 252





NORTE

REVISTA HISPANO-AMERICANA

Fundada en 1929

Publicación bimestral del Frente de Afirmación Hispanista, A.C. Lago Ginebra No. 47 C, México 17, D.F. Tel.: 541-15-46. Registrada como correspondencia de 2a. clase en la Administración de Correos No. 1 de México, D.F. el día 14 de junio de 1963.

Fundador: Alfonso Camín Meana.

Miembro de la Cámara Nacional de la Industria Editorial.

DIRECTOR

Fredo Arias de la Canal

DISEÑO GRAFICO

Jorge Silva Izazaga

ASESORES CULTURALES

Leopoldo de Samaniego
Joaquim Montezuma de
Carvalho

COORDINACION

Berenice Garmendia
Daniel García Caballero

COLABORADORES: Víctor Maicas, Emilio Marín Pérez, Albino Suárez, Juan Cervera, César Tiempo, José Armagno Cosentino, Miguel Angel Rodríguez Rea, Luis Ricardo Furlán y Ernesto Lehfeld Miller.

El contenido de cada artículo publicado en esta revista, es de la exclusiva responsabilidad de su firmante.

Impresa y encuadernada en los talleres de IMPRESOS REFORMA, S.A., Dr. Andrade 42 Tels.: 578-81-85 y 578-67-48, México 7, D.F.

NORTE

TERCERA EPOCA - REVISTA HISPANO-AMERICANA No. 252

SUMARIO

EDITORIAL: MIGUEL MALO Y LA HONRA	5
CARLOS PELLICER	10
JORGE IBARGUENGOITIA	11
GUSTAVO DE ANDA	13
RAFAEL SOLANA	17
HUGO COVANTES	19
ALFONSO TRUEBA	21
LOS MUNDOS CORPOREOS DE MARIA ELENA DELGADO. Raquel Tibol	25
ANTONIO MACHADO, ANDALUZ DE CASTILLA. Jorge Ramos	35
CESAR Y CORTES. Manuel Alcalá	36
LA LOTERIA, UN SIMBOLO NACIONAL. Fredo Arias de la Canal	38
LOS PLAGIARIOS SON MIS FAVORITOS. Alvaro Menen Desleal	44
ILUSTRACIONES. DON YO. Salvador de Madariaga	46
LOS ESPAÑOLES. Víctor Maicas	53
PATRIA Y UNIVERSO DEL INTELLECTUAL. Gregorio Marañón	56
LA MUERTE DE CASTELAR. Angel Pulido	59
HISTORIA DE LAS OBRAS PUBLICAS EN MEXICO. Francisco González de Cosío	62
LAS REDONDILLAS DE SOR JUANA. Armandino Pruneda	66
DOS POEMAS DE INES ROMERO	72
"LLAMADA DE AMOR". Elsa Baroni	73
"CANTO A SILVIA RUTKOWSKI". Ernesto Molinari Romero	74
CARTAS DE LA COMUNIDAD	76
PATROCINADORES	78

PORTADA: BUSTO DEL PROF. MIGUEL J. MALO ZOZAYA.
Ma. Elena Delgado.

SEGUNDA DE FORROS: Brasero ceremonial mixto (antropomorfo-zoomorfo) policromo, con protuberancias.
Dios Viejo o Huehuetotl.

TERCERA DE FORROS: Brasero ceremonial antropomorfo policromo, estilo Xantil. Quetzalcóatl.

CONTRAPORTADA: Escultura de Ma. Elena Delgado

LAS PIEZAS PREHISPANICAS QUE AQUI SE REPRODUCEN FORMARON PARTE DE LA COLECCION QUE EL PROFESOR MIGUEL J. MALO ZOZAYA DESEABA LEGAR A LA CIUDAD DE SAN MIGUEL DE ALLENDE, GTO.



El profesor Miguel J. Malo Zozaya restaurando una de las valiosas piezas de su Museo, poco tiempo antes de su trágica muerte.

MIGUEL MALO Y LA HONRA

Una de las características peculiares de los individuos que han formado los grandes pueblos, es aquella que denominamos el sentimiento de la honra. Dicho sentimiento trae aparejada la conducta de *mantener honra*, o sea, actuar de tal manera en la vida que la sociedad esté convencida de que la estimación propia, el buen nombre, el prestigio ante los demás, el honor, la vergüenza y el esfuerzo por sobresalir entre el común, son atributos y virtudes ideales, dignas de ser emuladas por todos los varones.

Ajax el telamónio fue contundente cuando dijo: *"Para el hombre noble no hay otra alternativa: o vivir con honra o con ella morir."* (Sófocles).

El rey de los ingenios nos dice por boca de don Quijote: *"... por la libertad tal como por la honra, se puede y debe aventurar la vida..."*. Oigamos a Sócrates: *"Ah, atenienses, no es lo difícil evitar la muerte; lo es mucho más evitar la deshonra, que marcha más ligera que la muerte"*. (Apología).

En estos tres ejemplos se observa la relación íntima que existe entre la honra y la muerte para aquellos individuos que sienten, procuran, mantienen y acrecientan la honra. En estos individuos se da el doble fenómeno de sufrir una adaptación inconsciente al deseo de morir, y en segundo lugar un yó-ideal elevadísimo, creándose un verdadero abismo entre lo que pretenden ser y lo que su masoquismo psíquico les permite ser, al grado de que sólo el cumplimiento de las promesas grandiosas que se han hecho (sublimación) les da armas para defenderse contra la muerte. Arrebáteseles el objeto de su sublimación, destrúyaseles el ideal por el que han luchado, y los habréis entregado al dios Tánatos.

No olvidemos que el megalómano: aquel que posee el sentimiento de una gran importancia, es una persona que se está defendiendo con su conducta, de un complejo de inferioridad. Complejo que pudo haberse formado por una concatenación neurótica de una genealogía antiquísima como lo hemos visto ya en otro lugar. Y quien nos da un ejemplo claro de que el sentimiento de la honra consiste en una defensa contra el deseo inconsciente de ser pasivo (inferior) es don Hernando Cortés. Veámos:

"Nunca hasta aquí se vio en estas Indias y Nuevo Mundo, que españoles atrás un pie tornasen por miedo, ni aún por hambre ni heridas que tuviesen (...) porque nunca el español dice a la guerra de no, que lo tiene por deshonra y caso de menos valer". (Gómara).

La defensa para no menosvaler, es tratar de valer más, lograrlo y mantener este estado de plusvalía en torno a los demás. Por lo tanto en una sociedad de este tipo, es lógico que se eduque a la juventud con el ejemplo de aquellos individuos que han alcanzado el pináculo de la honra: la fama y la gloria. En *Protágoras* leemos que cuando el niño griego aprende a leer: *"... se ponen en sus manos las obras de grandes poetas, las que lee sentado en un pupitre en su escuela; estas obras contienen admoniciones, cuentos y panegíricos que encomian a antiguos hombres famosos, los que se requiere que aprenda de memoria, con el propósito de que los imite o emule y desee llegar a ser como ellos"*.

Volvamos a Cortés: *"... no pelea el número, sino el ánimo; no vencen los muchos, sino los valientes. Y yo he visto que uno de esta compañía ha desbaratado a un ejército entero como hizo Jonatás, y muchos, que cada uno por sí ha vencido mil y diez mil indios, según David contra los filisteos"*. 



Como se puede apreciar, la adaptación inconsciente a la pasividad, provoca el sentimiento de superioridad, y este sentimiento se convierte en norma, costumbre y ley, como de hecho llegó a ser el "guardar honra", y el buscar eterno nombre y gloria, como ocurrió entre los griegos y entre los españoles.

Diotima le dice a Sócrates en el Simposio que los hombres "están dispuestos a arriesgar más de lo que arriesgan por sus hijos, a gastar dinero, a pasar cualquier trabajo e inclusive hasta morir con tal de dejar atrás de ellos un nombre eterno".

Recordemos la contestación que le da Quijana al canónigo, de que la fama "... ha de poner su nombre en el templo de la inmortalidad, para que sirva de ejemplo y dechado en los venideros siglos..." (XLVII, 1a.)

Para darnos una idea más clara de cómo los hombres sublimes están más cerca de la muerte que los comunes; para explicarnos por qué la sublimación es una defensa contra el deseo inconsciente de morir; para comprender que sin las defensas sublimes, el hombre especial pierde honra; para entender que la honra es una situación ideal que el hombre de ingenio se crea para defenderse contra su adaptación a la pasividad; para esclarecer todas estas dudas comparemos la muerte de Sócrates con la de Miguel Malo Zozaya:

Nos dice Platón en su Canto VII: "También ha ocurrido que algunos en el poder han consignado ante un juzgado a mi amigo Sócrates, imputándole el cargo más inicuo e injusto: el cargo de impiedad".

Malo Zozaya, hombre integérrimo y de virtudes cívicas por todos conocidas, fue acusado ante la prensa de ser traficante de joyas arqueológicas. Nunca se le hizo una acusación formal ante ningún juzgado. O sea, se le deshonoró ante la opinión pública injustamente.

Nos dice Sócrates en su Apología: "No he escondido nada, no he disimulado nada. Y sin embargo sé que mi sinceridad los hace odiarme. ¿Pero qué es su odio, sino una prueba de que estoy diciendo la verdad?"

Todos conocimos el Museo que Miguelito le iba a legar a la ciudad de San Miguel de Allende. Llevaría el nombre de "Izcuinapan". Miguel no disimuló nada, no escondió ninguna pieza ante los ojos de nadie. El me dijo que hacía algún tiempo había poderosas personas con ánimo de apoderarse de su colección de pipas. Personas que creyeron seguramente que intimidándolo, podrían hacerse de ella.

Escuchemos a Sócrates: "Yo sé muy bien cuánta es la enemistad en que he incurrido, y esto ha de ser mi destrucción si me destruyen. No es Meletus, ni tampoco Anitus, sino la envidia y detracción del mundo, la que ha causado la muerte a muchos buenos hombres, y probablemente se la causará a muchos más".

El reconocimiento de connotados arqueólogos internacionales hacia la obra de Miguel, las publicaciones que se hicieron de las piezas de su Museo en las revistas especializadas de México (*Artes de México*) y del extranjero, provocaron la envidia de personas influyentes poseedoras de vastas y vulgares colecciones prehispánicas. La inspección que se hizo al Museo de Miguel tuvo las características de un asalto a mano armada.

Los hombres superiores, como hemos expuesto, están más cerca de la muerte que de la vida, solamente los mantiene vivos la sublimación.

Los griegos perdonaban a Sócrates con tal de que no enseñara filosofía. Los mexicanos (que todos tendremos que sobrellevar este baldón histórico) le perdonaban la deshonra a Malo si extraoficialmente regalaba su colección de pipas, deshaciendo la unidad de su Museo.





Observemos a Sócrates menospreciar la muerte: *“El hombre que se considere bueno no debe calcular la suerte de vivir o morir; debería sólo considerar que de hacer algo lo estuviese haciendo bien o mal (. . .) Nadie sabe si la muerte, la cual los hombres en su temor la juzgan el peor mal, puede no ser el mayor bien (. . .) Entiendan que no alteraré mi conducta aunque tenga que morir muchas veces (. . .) Pero no tuve el descaro o la impudencia o inclinación para dirigirme a ustedes como les hubiera gustado, llorando, quejándome y lamentándome, diciendo y haciendo muchas cosas que están acostumbrados a ver en otras personas, las que, como he mantenido, son impropias para mí (. . .) Prefiero morir habiendo hablado a mi manera, que hablar en vuestra manera y vivir”.*

Tampoco Malo contemporizó con sus verdugos. Tampoco se humilló ante las amenazas de los esbirros. Prefirió morir a su manera, destruyendo con sus propias manos a sus hijos de barro, que vivir amoldándose a las desviaciones conduccionales de una sociedad corrupta y deleznable como la actual.

Si por un camino están la claudicación y la deshonra, y por el otro se encuentra la muerte, fácil es comprender que la conciencia permita que cese la vida. Sócrates, el descubridor del superyó, también observó que éste no le reprochó su idea de morir. Véamos:

“Es una indicación de que lo que me está pasando es bueno, y de que aquellos que piensan que la muerte es un mal, yerran. Porque el signo usual (superyó) se hubiera opuesto si yo fuera hacia el mal y no hacia el bien”.

Miguel Malo, al verse tratado como un vil rufián, por aquellos que piensan que todos son de su condición; al ver amenazado su buen nombre, que le costó toda una vida creárselo (y no sólo un sexenio); al ver cuán fácilmente una gente soez y mal nacida atropellaba la obra que con tanto cariño había formado él con su inteligencia a través de quince años de esfuerzo altruista; al contemplar este panorama de brutalidad estatal, de falta de garantías para la propiedad, de ausencia de respeto para con la dignidad humana, no tuvo, al igual que Sócrates, el menor reproche de su conciencia para arrebatarle la vida.

Sócrates, antes de morir, se acordó de Ajax el telamonio, quien sufrió la muerte a través de un juicio injusto. Se sabe que Ajax se suicidó. Sócrates también lo hizo al poder salvarse y no hacerlo.

Miguel Malo también se pudo salvar, de haberse dejado despojar de su colección de pipas. Pero ninguno de los tres prefirió la vida y la deshonra.

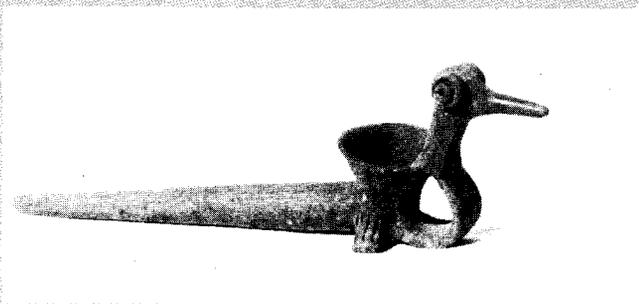
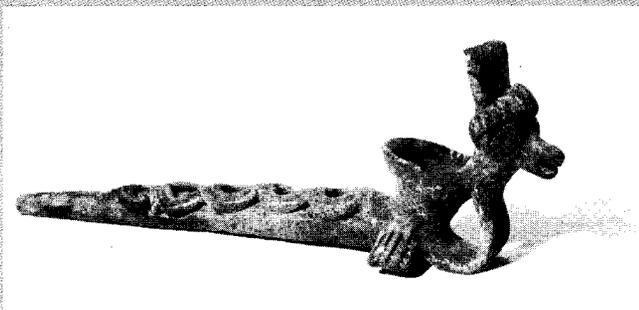
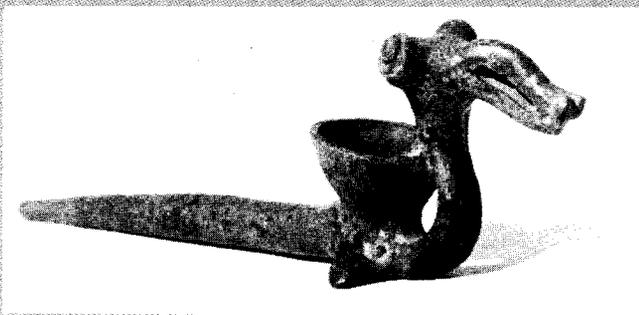
Muy claro les dijo Sócrates a los atenienses: *“... si ustedes mataran a un hombre como yo, se perjudicarían más de lo que me perjudicarían a mí (. . .) Si ustedes piensan que asesinando personas pueden prevenir a alguien de censurar sus vidas corruptas, están en un error”.*

Si el estado mexicano insiste en manchar el nombre de Miguel Malo, que sepa que el manchón lo tiene ya el presente régimen.

Miguel Malo fue el último miembro de una honorabilísima familia, que además tuvo el privilegio de forjarse a sí mismo a través del estudio, la perseverancia, la bonhomía y el altruismo. Caballeros, como lo fue él, quedan ya pocos en el país.

Es Miguel Malo Zozaya en este siglo XX, un mártir hispánico de la inteligencia, al igual que lo fueron Jovellanos en el siglo XVIII, y Juana Inés de Asbaje en el XVII.

El Director



Carlos Pellicer afirmó ayer que "el espíritu de la nueva Ley del Patrimonio Cultural está contra los coleccionistas".

El poeta, fundador del Museo Olmeca de Villahermosa, Tab., dijo que, contrariamente a los resultados que se esperan, la tirantez contra los coleccionistas, por la nueva ley cultural, provocará el aumento del saqueo arqueológico.

Y todo el mundo sabe, dijo, que el mercado principal hacia el que emigran las piezas será Estados Unidos.

Pellicer, entrevistado, manifestó que la nueva Ley del Patrimonio Cultural, aunque, de hecho, no la conoce "no ofrece garantías capaces de frenar el saqueo arqueológico".

"¿Cómo podrá ponerse fin al saqueo arqueológico si tan sólo por las cifras que registra el catálogo de zonas arqueológicas del Instituto Nacional de Antropología e Historia, hay once mil (zonas) en el país?", se preguntó.

"¿Con qué presupuesto —que no existe— podría pagarse al personal suficiente para que cuidara de esas once mil zonas arqueológicas?", volvió a preguntarse.

Pellicer, que sostuvo ayer al mediodía un diálogo con su colega el poeta Luis Rius en la Casa del Lago de la UNAM, señaló que la nueva ley, contra él no tiene ningún efecto pues, sabido es, subrayó, "que el Museo de Villahermosa, Tab., fue creado con piezas que, antes, fueron mi colección".

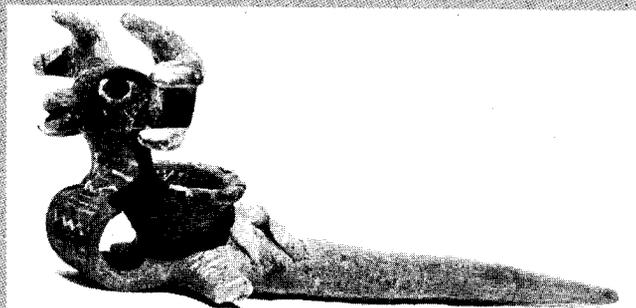
Todas las piezas que él tenía y que ahora figuran en las vitrinas del museo tabasqueño, dijo con orgullo, "yo las coleccioné durante muchos años para darlas algún día a la nación".

Desde ese punto de vista, precisó, es que juzga tirante contra los coleccionistas la nueva Ley de Monumentos Históricos, Arqueológicos y Artísticos, recientemente aprobada por el Congreso de la Unión.

"Porque, declara toda pieza arqueológica, bien de la nación, lo cual atenta en contra de los coleccionistas, aunque quieran alguna vez donar su colección al país", dijo.

Pellicer expresó finalmente:

"Toda o casi toda mi colección la doné para el museo de Villahermosa, mi tierra. Pero, claro, me queda una que otra pieza en mi casa y no dejaré que me despojen de ellas, aunque me muera".



La semana pasada hice un viaje a Guanajuato. En el segundo día de mi estada, por la mañana, decidí comprar un periódico que se publica en León, para entretenerme durante el desayuno. Es un periódico que hojear con mucho interés, no por bueno, sino por las barbaridades que dice. Entre sus páginas he encontrado en otros tiempos la información más truculenta de los crímenes de las Poquianchis entrecruzada con noticias de una peregrinación de leoneses a San Juan de los Lagos —entre los peregrinos iba un corresponsal.

Pues bien, el periódico no me defraudó el día tres. En la primera plana, apareció a ocho columnas, el resultado de un concurso de ortografía. "Tras la expectación, lágrimas y júbilo". Triunfaron León y San Miguel de Allende. Fotos de los niños premiados, el jurado calificador momentos antes de entregar los diplomas, con un pie de foto que dice: "Emocionada y llena de convicción, en representación del Director General de Educación del Estado, la señorita profesora María de Jesús Saucedo, se dirigía a los alumnos participantes y a sus maestros, antes de dar a conocer el resultado final..." etcétera.

¡Quién me iba a decir que en la última página de esa misma sección iba yo a encontrar, a ocho columnas también, y en letras rojas la noticia del suicidio de Miguelito Malo!

"Al verse descubierto como el principal organizador de una banda que se dedicaba al saqueo del patrimonio cultural de la Nación... Miguel Malo Zoza... se suicidó disparándose un balazo en el parietal".

— ● —

No puedo decir que haya yo sido amigo de Miguel Malo, pero lo conocí y mis relaciones con él fueron cordiales. Sus títulos oficiales eran delegado del INBA, director del "Ignacio Ramírez" e inspector de monumentos coloniales. Como delegado del INBA no era una maravilla —ningún delegado del INBA es una maravilla— pero como director del centro cultural "Ignacio Ramírez" tenía la virtud, rarísima en nuestro medio, de no estorbar. En cuanto a su labor como inspector de monumentos cabe anotar que será por chiripa o será gracias a la dedicación de Miguelito Malo, el caso es que San Miguel de Allende es la ciudad mejor conservada de la República.

Pero esto no eran más que sus cargos oficiales. El era otra cosa, Pertenecía a una de las familias más viejas de San Miguel y en la época en que lo traté, su


 TESTIMONIOS

madre vivía en una de las mejores casas coloniales de la ciudad. **Pertenecía a una clase de hombres de los que quedan pocos y tienden a desaparecer: el culto de pueblo.** El hombre que conoce su ciudad natal como la palma de su mano, sabe cómo se llamaban las calles en tiempo de la Colonia, puede explicar cómo funcionaban las tenerías, y dar razón de cuántas fanegas de tierra tenía la hacienda de los Aldebaranes.

Le dije que según mi abuela, yo resultaba chozno de Aldama, pero le confesé que había olvidado por completo la estructura del parentesco y no sabía, ni siquiera, si era por parte de madre o de padre. El me explicó el problema con claridad prístina y creo que hasta resultamos parientes. Desgraciadamente he vuelto a olvidar la explicación. Me explicó también dónde vivieron mis antepasados los Aldama cuando llegaron a establecerse en San Miguel. Desgraciadamente, también he olvidado este dato.



A Miguel Malo lo conocí el día en que llegó Edmundo O'Gorman a San Miguel a dar una conferencia, invitado por la escuela en la que yo daba clase. Con motivo de la presencia de una persona tan distinguida, Miguelito invitó a O'Gorman y a varios más a comer en el Atascadero. Estábamos atacando el cerdo al horno, cuando a petición de alguno de los presentes, **Miguelito nos contó de sus hallazgos arqueológicos.**

Eran del dominio público. Miguelito, que toda su vida había sido admirador del arte barroco y había despreciado "los tepalcates", había dado de buenas a primeras con un "entierro" y ahora dedicaba todos sus ratos libres a escarbar. Sus esfuerzos habían sido fructíferos porque había encontrado varias tumbas, de las que había extraído una multitud de piezas **—a nadie se le hubiera ocurrido entonces que esto fuera delito—.** De tanto manejarlas había descubierto la belleza que tenían y se había convertido en un entusiasta del arte prehispánico.

Al oír la exposición de Miguelito, los demás comensales nos mostramos moderadamente interesados y él, por su parte, al ver nuestro interés, nos dijo que fuéramos esa noche a su casa para ver la colección.

Miguel Malo no era ni suicida ni sinvergüenza. Al contrario. En sociedad era un hombre muy simpático, lleno de anécdotas sanmiguelenses, que iban desde la Colonia hasta nuestros días. Tenía un sentido del humor

un poco grueso, pero bastante vivaz. En su casa, en cambio, era el coleccionista apasionado.

Cuando llegamos O'Gorman y yo a su casa, nos pasó a la sala y empezó a traernos cacharros, unos enteros y otros desportillados, que nosotros examinábamos con interés durante un momento y luego, colocábamos cuidadosamente sobre el sofá. Mientras tanto, Miguel Malo entraba y salía caminando cada vez más aprisa, trayendo más ollas.

—¡Mire nomás, qué maravilla! —decía.

—En efecto, preciosa —contestábamos.

Por último, nos pasó a su recámara, abrió el closet y allí vimos, entre los zapatos, **un montón de pipas de barro.**

Cuando salimos estaba lloviendo. Fuimos caminando por las calles de San Miguel, platicando. **Ambos estábamos admirados del personaje e intrigados por la colección.** Según yo, lo que había descubierto Miguel Malo no eran tumbas prehispánicas, sino la bodega contemporánea de una banda de falsificadores de ídolos. Otra teoría alternativa era que aquellas piezas que habíamos visto eran auténticas, pero desperdicios, habían sido producidas en diversas partes del país y habían sido reunidas allí, en San Miguel, para venderlas a los chichimecas. Es decir eran instrumentos del imperialismo azteca.

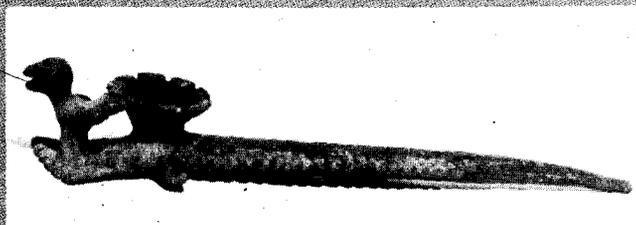
En resumen: que Miguel Malo nos simpatizó y nos dejó admirados por su entusiasmo y dedicación, pero no tomamos en serio su colección.

Quién iba a decir, que aquel hombre tan honorable, tan simpático y tan alegre iba a tener el fin que tuvo. Un fin entre patético y grandioso. Porque él sí tomó en serio su colección y prefirió destruirla y destruirse a sí mismo, antes que desprenderse de ella.

Murió de un tiro que él mismo se dio, en la azotea de su casa, entre sus tepalcates queridos, acusado de "saquear el patrimonio cultural de la Nación", mientras el agente del Ministerio Público y el arqueólogo **Bejarano entraban en la sala y probablemente se sentaban en el mismo sofá en que nos sentamos aquella noche O'Gorman y yo.**

Ahora lo admiro más que antes.

TESTIMONIOS



En muy pocas ocasiones traté personalmente a Miguel Malo Zozaya, pero para saber estimar la valía de un hombre no es necesario haber sido muy su amigo. Conozco, eso sí, sus libros y su obra en general. Pero ya que se trata de coleccionistas de obras de nuestro arte indígena, me referiré a mi gran amigo el gigante de la pintura, Diego Rivera, con quien tuve vínculos que hicieron muy familiar nuestro trato y con quien colaboré alguna vez en el rescate de piezas de alfarería, escultura y ornamentación prehispánica, que son las que hoy todo mundo puede ver en el museo que legó al pueblo de México.

Diego dedicaba una gran parte de lo mucho que ganaba con la pintura de caballete, a la exploración de las zonas arqueológicas de todo el país y al rescate, la restauración y la colección de piezas que nos revelaban los rasgos de las diferentes culturas indígenas de México.

Diego pagaba comisiones de expertos, que recorrían el país en plan de estudio y búsqueda de piezas arqueológicas, y cuando era necesario, de acuerdo con las autoridades, mandaba hacer excavaciones por su cuenta.

¿Podría alguien ser tan imbécil como para calificar a Diego de "saqueador" de nuestras zonas arqueológicas y ladrón de nuestro patrimonio cultural?

Un tesoro sólo existe en el momento en que se descubre, antes es sólo una posibilidad de que exista. Y es muy costoso e implica muchos riesgos descubrir un tesoro; Diego, con los muchos millones que gastó en esta tarea fue, de hecho el creador de ese tesoro, su descubridor...

¿Qué hubiera hecho Diego Rivera si se le presenta en su casa un grupo de inspectores del gobierno, con las pretensiones de llevarse todas sus piezas arqueológicas, coleccionadas a un costo altísimo en una perseverante labor de más de treinta años?

Quienes conocimos a Diego de cerca, podemos decirlo sin temor a equivocarnos: los hubiera recibido a balazos, como se debe recibir a los ladrones, a los saqueadores. En cierta ocasión Diego lo expresó con toda claridad: "Mientras yo viva —dijo—, todas las piezas son mías; cuando me muera se las dejaré al pueblo que fue su artífice. Pero, ¿el gobierno qué se tiene que meter en esto?"

Diego fue quien puso el ejemplo para que, en torno a su museo, se formaran otros y se despertara el interés por coleccionar obras de arte indígena, lo mismo entre mexicanos que extranjeros. Los admiradores de la pin-

